

MADRID, 23 DICIEMBRE 1952.-N.º 670-AÑO XIII-PRECIO: 5,00 PTAS.

SEMANA



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S. SALES

EL SENTIMIENTO COMICO DE LA VIDA

Por MIGUEL DE UNAMUNO



EMETERIO Alfonso se encontraba a sus veinticuatro años soltero, solo y sin obligaciones de familia, con un capitalillo modesto y empleado a la vez en un Banco. Se acordaba vagamente de su infancia y de cómo sus padres, modestos artesanos que a fuerza de ahorro amasaron una fortuna, solían exclamar al oírle recitar los versos del texto de retórica y poética: "Tú llegarás a ministro." Pero él, ahora, con su rentita y su sueldo, no envidiaba a ningún ministro.

Era Emeterio un joven fundamental y radicalmente ahorrativo. Cada mes depositaba en el Banco mismo en que prestaba sus servicios el fruto de su ahorro mensual. Y era ahorrativo, lo mismo que en dinero, en pensamiento y en afecto. Se limitaba a cumplir, y no más, en su labor de oficina bancaria, era aprensivo y se valía de toda clase de preservativos, aceptaba todos los lugares comunes del sentido también común, y era parco en amistades. Todas las noches al acostarse, casi siempre a la misma hora, ponía sus pantalones en esos aparatos que sirven para mantenerlos tersos y sin arrugas.

Asistía a una tertulia de café donde reía las gracias de los demás y él no se cansaba en hacer gracia. El único de los contertulios con quien llegó a trabar alguna intimidad fue Celedonio Ibáñez, que le tomó de "¡oh amado Teótimo!" para ejercer sus facultades. Celedonio era discípulo de aquel extraordinario don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón, de quien se dió prolija cuenta en nuestra novela *Amor y pedagogía*.

Celedonio enseñó a su admirador Emeterio a jugar al ajedrez y le metió en el arte entretenido, inofensivo, honesto y saludable de descifrar charadas, jeroglíficos, logogrifos, palabras cruzadas y demás problemas inocentes. Celedonio, por su parte, se dedicaba a la economía pura, no a la política, con cálculo diferencial e integral y todo. Era el consejero, casi el confesor de Emeterio. Y éste estaba al tanto del sentido de lo que pasaba por los comentarios de Celedonio, y en cuanto a lo que pasaba sin sentido, enterábase de ello por *La Correspondencia de España*, que leía a diario, cada noche, al acostarse. Los sábados se permitía ir al teatro, pero a ver comedias o sainetes, no dramas.

* * *

Tal era, por fuerza, en la exterioridad, la vida apacible y metódica de Emeterio; en la interioridad, si es que no en la intimidad, era un huésped, huésped de la casa de pupilos de doña Tomasa. Su interioridad era la hospedería, la casa de huéspedes; ésta su hogar y su única familia sustitutiva.

El personal de la casa de huéspedes, compuesto de viajeros de comercio, estudiantes, opositores a cátedras y gentes de ocupaciones ambiguas, se renovaba frecuentemente. El

público más fijo era él, Emeterio, que iba acercándose desde la interioridad a la intimidad de la casa de doña Tomasa.

El corazón de esta intimidad era Rosita, la única hija de doña Tomasa, la que le ayudaba a llevar el negocio y la que servía a la mesa a los huéspedes, con gran contento de éstos. Porque Rosita era fresca, apetitosa y aperitiva y hasta provocativa, y aguantaba los chistes verdes y aun los provocaba y respondía. Rosita tenía veinte años floridos. Y entre los huéspedes, al que en especial dedicaba sus pestaños, sus caídas de ojos, era a Emeterio.

—¡A ver si le pescas...!—solía decirle su madre, doña Tomasa.

Y ella, la niña:

—O si le cazo...

—¿Pero es que es carne o pescado?

—Me parece, madre, que no es carne ni pescado, sino rana.

—¿Rana? Pues encandílele, hija; encandílele, ¿para qué quieres si no esos ojos?

—Bueno, madre; pero no haga así de encandiladora, que me basto yo sola.

—Pues a ello, ¿eh?, ¡y tacto!

Y así es como Rosita se puso a encandilar a Emeterio, o don Emeterio, como ella le llamaba siempre, encontrándole hasta guapo.

Emeterio trataba a la vez, ahorrativamente, de aprovecharse y de defenderse, porque no quería caer de primo. Escociale, además —además de otros escocimientos—, que los huéspedes seguían con sonrisas, que a él, a Emeterio, se le antojaban compasivas, las maniobras y ojeadas de Rosita; todos, menos Martínez, que las miraba con toda la seriedad de un opositor a cátedras de psicología que era.

—Pero, no, no; a mí no me pesca—se decía Emeterio—esta chiquilla; ¡cargar yo con ella y con doña Tomasa encima! El buey suelto bien se lame...; buey..., buey..., pero no toro.

—Además—le decía Emeterio, y como en confesión, a Celedonio—, esa chiquilla sabe demasiado. ¡Tiene una táctica...!

—Pues tú, Emeterio, contra táctica...

—Al contrario, Celedonio, al contrario. Me quiere seducir, no cabe duda. Y yo no sé si a la vez...

—¡Vamos, Emeterio, que los dedos se te antojan huéspedes!

—Al revés, son los huéspedes los que se me antojan dedos. Y luego ese Martínez, el opositor de turno, que se la come con los ojos mientras masculla el bistec, y a quien parece que le tiene como sustituto por si yo le fallo.

—Y si vieras las mañas que tiene... Una vez, cuando empezaba a leer el folletín de *La Corres*, se me metió en el cuarto, y haciendo como que se ruborizaba, ¡qué colores!, dijo: "¡Ay, perdone, don Emeterio, me había equivocado...!"

—¿Te trata de don?

—Siempre. Y cuando alguna vez le he dicho que deje el don, que me llame Emeterio a secas, ¿sabes lo que me ha respondido? Pues: "¿A secas? A secas, no, don Emeterio."

—Estás en casa de su madre, doña Tomasa.

—Pues tengo que huir, Celedonio; tengo que huir. Esa chiquilla no me conviene para mujer propia.

—¿Y ajena?

—Y de todos modos, ¡lios, no; lios, no! O hacer las cosas como Dios manda, o no hacerlas...

—Sí, y Dios manda: ¡creced y multiplicaos! Y tú, por lo que se ve, no quieres multiplicarte.

—¿Multiplicarme? Hartas multiplicaciones hago en el Banco. ¿Multiplicarme?, ¡por mí mismo!

—Vamos, sí, elevarte al cubo. ¡Vaya una elevación!

Y, en efecto, todo el cuidado de Emeterio era defenderse de la táctica envolvente de Rosita.

—Vaya—llegó una vez a decirle—, ya veo que tratas de encandilarme, pero es trabajo perdido...

—Pero, ¿qué quiere usted decirme con eso, don Emeterio?

—¡Aunque perdido, no! Porque luego me voy por ahí, y... ¡a tu salud, Rosita!

—¿A mi salud? Será a la suya...

—Sí, a la mía, pero con precauciones...

Pobre Emeterio! Rosita le cosía los botones que se le rompían, por lo cual él dejaba que se le rompieran; Rosita solía hacerle la corbata, diciéndole:

—Pero venga usted acá, don Emeterio; ¡qué Adán es usted!... Venga a que le ponga bien esa corbata...

Rosita le recogía los sábados la ropa sucia, salvo alguna prenda que alguna vez él hurtaba para llevársela a la lavandera. Rosita le llevaba a la cama el ponche caliente cuando alguna vez tenía que acostarse más temprano por causa de catarro. El, en cambio, llegó algún sábado a llevarla al teatro, a ver algo de reír.

Un día de Difuntos la llevó a ver el *Tenorio*. —¿Y por qué, don Emeterio, se ha de dar esto el día de Difuntos?

—Pues por el Comendador...

—Pero ese Don Juan me parece un "panoli".

(Continúa en las páginas siguientes.)

Y con todo ello, Emeterio, el ahorrativo, no caía.

—Para mí—le decía doña Tomasa a su hija—, que este “panoli” tiene por ahí algún lío...

—¡Qué ha de tenerlo, madre; qué ha de tenerlo! ¿Líos él? Lo habría yo olido...

—¿Y si la prójima no se perfuma?...

—Le habría olido a prójima sin perfumar...

—¿Y una novia formal?

—¿Novia formal él? Menos.

—¿Pues entonces?

—Que no le tira el casorio, madre; que no le tira...

—Le tirará otra cosa...

—¿Comprometerse él? ¿Qué va!

—Pues entonces, hija, estamos haciendo el paso, y tú no puedes perder así el tiempo. Habrá que recurrir a Martínez, aunque apenas si es proporción. Y di, ¿qué librejos son esos que te ha dado a leer...?

—Nada, madre: paparruchas que escriben sus amigos.

—Mira a ver si le da a él por escribir noveluchas de esas y nos saca en ellas a nosotras...

—¿Y qué más querría usted, madre?

—¿Yo? ¿Verme yo en papeles?

Por fin, Emeterio, después de haberlo tratado y consultado con Celedonio, acordó huir de la tentación. Aprovechó para ello unas vacaciones de verano para irse a un balneario a ahorrar salud, y al volver a la corte, a restituirse a su Banco, trasladarse con su mundo a otra casa de huéspedes. Porque su mundo, su viejo mundo, lo dejó, al irse de verano, en casa de doña Tomasa y como en prenda, llevándose no más que una maleta consigo. Y al volver no se atrevió ni a ir a despedirse de Rosita, sino que, con una carta, mandó pedir su mundo.

¡Pero lo que ello le costó! ¡Las noches de pesadilla que le atormentó el recuerdo de Rosita! ¡Ahora era cuando comprendió cuán hondamente prendado quedó de ella, ahora era cuando en la oscuridad del lecho le perseguía aquel pestañeo llamativo! “Llamativo—se decía—porque me llama, porque es de llama, de llama de fuego, y también porque sus ojos tienen la dulzura peligrosa de los de la llama del Perú... ¿He hecho bien en huir? ¿Qué de malo hay en Rosita? ¿Por qué le he cobrado miedo? El buey suelto...”

—Duermo mal y sueño peor—le decía a Celedonio—, me falta algo, me siento ahogar...

—Te falta la tentación, Emeterio; no tienes con quién luchar.

—Es que no hago sino soñar con ella, y ya Rosita se me ha convertido en pesadilla...

—¿Pesadilla, eh; pesadilla?

—No puedo olvidar, sobre todo, su caída de ojos, su pestañeo...

—Te veo en camino de escribir un tratado de estética.

—Mira, no te lo he dicho antes. Tú sabes que tengo siempre en mi cuarto un calendario americano, de esos de pared, para saber el día en que estoy...

—Será para descifrar la charada o el jeroglífico de cada día...

—También, también. Pues el día en que salí de casa de doña Tomasa, llevándome, claro, el calendario en el fondo del viejo mundo, no arranqué la hoja...

—¡Renunciando a la charada de aquel día solemne!

—Sí, no la arranqué, y así seguí y así la tengo aún.

—Pues eso me recuerda, Emeterio, lo de aquel recién casado que al morirle la mujer dió un golpe al reloj, un golpecito, lo hizo

pararse y siguió con él, marcando aquel trágico momento, las siete y trece, parado y sin arreglarlo.

—No está mal, Celedonio; no está mal.

—Pues yo creo que habría estado mejor que en aquel momento le hubiese arrancado al reloj el minuterio y el horario, pero siguiendo dándole cuerda, y así si le preguntaban: “¿Qué hora es, caballero?”, poder responder: “¡Anda, pero no marca!”, en vez de “¡Marca, pero no anda!” ¡Llevar un reloj parado...? ¡Jamás! Que ande, aunque no marque hora.

Y continuó Emeterio cultivando la tertulia del café, riendo los chistes de los demás, yendo al teatro los sábados, llevando al fin de cada mes sus ahorros al Banco en que servía; ahorros que aumentaban con los relieves de los anteriores ahorros, y cuidando, con toda clase de precauciones ahorrativas, de su salud de soltero que bien se lame. Pero, ¿qué vacío en su vida! No, no, la tertulia no era vida. Y aun uno de los contertulios, el más chistoso y ocurrente, un periodista, se le presentó un día en el Banco a darle un sablazo, y como él se negara, le espetó:

—¡Usted me ha estafado!

—¿Yo?

—¡Sí, usted, porque a la tertulia va cada uno en su concepto y da lo que tiene; yo le he hecho reír, le he divertido; usted nada dice allí, usted no va más que como hombre acomodado; acudo a usted en su concepto y se me niega; luego usted me ha estafado!

—Pero es que yo, señor mío, no voy allá como rico, sino como consumidor...

—¿Consumidor de qué?

—¡De chistes! He reído los de usted, y en paz.

—Consumidor..., consumidor... ¡Lo que hace usted es consumirse!

Y así era la verdad.

¿Y la nueva casa de huéspedes?

—¿Qué casa, Celedonio; qué casa! Aunque eso no es nada; es mesón, o parada, o parador. La de doña Tomasa sí que era casa.

—Sí; una casa de pupilos.

—Y ésta, una casa de pupilas, porque ¡qué criadas, qué bestias! Al fin, Rosita era una hija de la casa; una hija de casa, y en la suya no tuve que rozarme con criadas...

—¿Con pupilas, quieres decir?

—Pero ¡en este mesón! Ahora hay una maritornes que se empeña en freír los huevos nadando en aceite, y cuando, al traérmelos a la mesa, se lo reprende, me sale con que eso es *ipa untar!* ¡Figúrate!

—Claro. Rosita freía los huevos como hija de casa...

—¡Pues claro!, cuidando por mi salud; pero estas bestias... Y luego se ha empeñado en ponerme el mundo pegado a la pared, con lo cual, ya ves, no se puede abrir bien, porque mi mundo es de esos antiguos que tienen la cubierta en comba...

—Vamos, sí, como el cielo: cóncava-convexa.

—¡Ay, Celedonio! ¿Por qué dejé aquella casa?

—Quieres decir que en esta casa no se te encandila...

—Esta no tiene nada de hogar..., de fogón...

—¿Y por qué no vas a otra?

—Todas son iguales...

—Depende del precio. Según el precio, el trato.

—No, no; en casa de doña Tomasa no me trataban según el precio, sino como de la casa...

—Claro. Es que iban tras otra cosa.

—Con buen fin, Celedonio; con buen fin. Porque empiezo a darme cuenta de que Rosita estaba enamorada de mí, sí, como lo oyes: ena-

morada de mí desinteresadamente. Pero yo... ¿Por qué salí?

—Preveo, Emeterio, que vas a volver a casa de Rosita...

—No; ya no puede ser. ¿Cómo explico mi vuelta? ¿Qué dirán los otros huéspedes? ¿Qué pensará Martínez?

—Martínez no piensa, te lo aseguro. Se prepara a explicar psicología...

Algún tiempo después contaba Emeterio:

—¿Sabes, Celedonio, con quién me encontré ayer?

—Con Rosita, ¡claro! ¿Iba sola?

—No, no iba sola; iba con Martínez, ya su marido. Pero, además, ella, Rosita, su persona, no iba sola...

—No te entiendo; como no quieras decir que iba acompañada, o sea en estado calamaucano...

—No; iba en lo que llaman estado interesante. Ella misma se apresuró a decírmelo, y con qué mirada de triunfo, con qué pestañeo de arriba abajo: “Estoy, ya lo ve usted, don Emeterio, en estado interesante.” Y me quedé pensando cuál será el interés de ese estado.

—¡Claro! Observación muy natural de parte de un empleado de Banca. En cambio, el otro, Martínez, sería curioso saber qué piensa de ese estado en relación con la psicología, lógica y ética. Y bien: ¿qué efecto te causó todo ello?

—¡Si vieras!... Rosita ha ganado con el cambio...

—¿Con qué cambio?

—Con el cambio de estado. Se ha redondeado, se ha amatonado... ¡Si vieras con qué majestuosa solemnidad caminaba apoyándose en el brazo de Martínez!...

—Y tú, de seguro, te quedaste pensando: “¿Por qué no caí? ¿Por qué no me tiré... de cabeza al matrimonio?” Y te arrepentiste de tu huida, ¿no es así?

—Algo de eso hay, sí; algo de eso...

—¿Y Martínez?

—Martínez me miraba con una sonrisa seria y como queriendo decirme: “¿No la quisiste? ¡Es ya mía!”

—Y suyo el crío...

—O cría. Porque si hubiera sido mío, saldría crío; pero... ¿de Martínez?

—Me parece que sientes ya celos de Martínez...

—¿Qué torpe anduve!

—¿Y doña Tomasa?

—¿Doña Tomasa? ¡Ah, sí! Doña Tomasa se murió, y eso parece ser que le movió a Rosita a casarse para poder seguir teniendo la casa con respecto...

—¿Y así, Martínez pasó de pupilo a pupilero?

—Cabal; pero siguiendo dando sus lecciones particulares y haciendo sus oposiciones. Y ahora, parece providencial, ha ganado, por fin, cátedra, y se va a ella con su mujer y con lo que ésta lleva consigo...

—¿Lo que te has perdido, Emeterio!

—¡Y lo que se ha perdido Rosita!

—¡Y lo que ha ganado Martínez!

—¡Pchs! ¡Una cátedra de tres al cuarto! Pero yo ya no tendré hogar; viviré como un buey suelto... ¡lamiéndome... ¡Qué vida, Celedonio; qué vida!

—¡Pero si lo que sobran son mujeres!...

—¿Como Rosita, no; como Rosita, no! ¡Y lo que ha ganado con el cambio!

—Una cátedra también.

—Te digo, Celedonio, que ya no soy hombre.

Y, en efecto, toda la vida íntima, toda la oculta intimidad del pobre Emeterio Alfonso—Alfonso era apellido, por lo que Celedonio le aconsejaba que se firmase Emeterio de Alfon-

so con un *de* de nobleza—, toda su vida íntima se iba sumiendo en una sima de mortal indiferencia. Ya no le hacían gracia los chistes, ni gozaba en descifrar charadas, jeroglíficos y logogrifos; ya la vida no tenía encantos para él. Dormía, pero su corazón velaba, como dice místicamente el *Cantar de los Cantares*, y la vela de su corazón era el ensueño. Dormía su cabeza, pero su corazón soñaba. En la oficina hacía cuentas con la cabeza dormida, mientras su corazón soñaba con Rosita. Así tenía que calcular intereses ajenos. Y sus jefes le tuvieron que llamar la atención sobre ciertas equivocaciones. Una vez le llamó don Hilarión, y le dijo:

—Quería hablar con usted, señor Alfonso.

—Diga, don Hilarión.

—No es que no estemos satisfechos de sus servicios, señor Alfonso; no. Es usted un empleado modelo, asiduo, laborioso, discreto. Y, además, es usted cliente del Banco. Aquí es donde deposita usted sus ahorros. Y por cierto que se va usted fraguando una fortunilla regular. Pero me permitirá usted, señor Alfonso, una pregunta, no de superior jerárquico, sino casi de padre...

—No puedo olvidar, don Hilarión, que fué usted íntimo amigo de mi padre y que a usted, más que a nadie, debo este empleillo que me permite ahorrar los intereses de lo que me dejó aquél; usted, pues, tiene derecho a preguntarme lo que guste...

—¿Para qué quiere usted ahorrar así y hacerse rico?

Emeterio se quedó atolondrado como ante un golpe que no se sabe de dónde viene ni adónde va. ¿Qué se proponía don Hilarión con esa pregunta?

—Pues..., pues, no sé—balbució.

—¿Es ahorrar por ahorrar? ¿Hacerse rico para ser rico?

—¡No sé, don Hilarión; no sé... Me entusiasma el ahorro...!

—Pero ¿ahorrar un soltero y... sin obligaciones?

—¿Obligaciones?—y Emeterio se alarmó—. No, no tengo obligaciones; lo juro, don Hilarión, que no las tengo.

—Pues entonces no me explico...

—¿Qué es lo que no se explica usted, don Hilarión? Dígame lo claro.

—Sus frecuentes distracciones, las equivocaciones que de algún tiempo acá se le escapan en sus cuentas. Y ahora, un consejo.

—El que usted me dé, don Hilarión.

—Lo que a usted le conviene, señor Alfonso, para curarse de esas distracciones, es... ¡casarse! Cásese usted, señor Alfonso; cásese usted. Nos dan mejor rendimiento los casados.

—Pero ¿casarme yo, don Hilarión? ¿Yo? ¿Emeterio Alfonso? ¿Casarme yo? ¿Y con quién?

—¡Piénselo bien en vez de distraerse tanto, y cásele, señor Alfonso; cásele!

Y entró Emeterio en una vida imposible, de profunda soledad interior. Huía de la tertulia tradicional y se iba a cafés apartados, de los arrabales, donde nadie le conocía, ni él a nadie. Y observaba con tristeza, sobre todo los domingos, aquellas familias de artesanos y de pequeños burgueses—acaso algún cate-drático de psicología—que iban, el matrimonio con sus hijos, a tomar café con media tostada, oyendo el concierto popular de piano. Y cuando veía que la madre limpiaba los mocos a uno de sus pequeñuelos, se acordaba de los cuidados maternos, sí, maternos, que so-

lía tener con él la Rosita en casa de doña Tomasa. Y se iba con el pensamiento a la oscura y apartada ciudad provinciana en que Rosita, su Rosita, distraía las distracciones de Martínez para que éste pudiese enseñar psicología, lógica y ética a los hijos de otros y de otras. Y cuando al volverse a su... casa, no casa, sino mesón o parador; al atravesar alguna de aquellas sórdidas callejas, una voz que salía del embozo de un mantón le decía: “¡Oye, rico!”, decíase él a sí mismo, mientras huía: “¿Rico? ¿Y para qué? Tiene razón don Hilarión: ¿para qué rico? ¿Para qué los intereses de mis ahorros, si no he de ayudar a un estado interesante? ¿Para comprar papel del Estado? Pero es que este Estado no me es interesante, no me interesa... ¿Por qué huí, Dios mío? ¿Por qué no me dejé caer? ¿Por qué no me tiré? ¡Y de cabeza!”

Aquello no era ya vivir. Y dió en corretear las calles, en bañarse en muchedumbre suelta, en ir imaginándose la vida interior de las masas con quienes se cruzaba, en desnudarles, no sólo el cuerpo, sino el alma con la mirada. “Si supiera yo—se decía—la psicología que sabe Martínez..., ese Martínez, a quien le he casado yo con Rosita. Porque no cabe duda que he sido yo, yo, quien les ha casado... Mas, en fin, que sean felices y que gocen de buena salud, que es lo que importa... ¿Se acordarán de mí? ¿Y cuándo?”

Dió, primero, en seguir a las tobilleras; luego, a los que las seguían tras los tobillos; después, en oír los chicoleos y las respuestas de ellas, y, por último, en perseguir parejas. ¡Lo que gozaba viéndolas bien aparejadas! “¡Vaya!—se decía—. A ésta ya le dejó el novio... o lo que sea...; ya va sola; pero pronto vendrá otro... Estos me parece que han cambiado con aquellos otros. ¿Es una nueva combinación?... ¿Cuántas combinaciones binarias caben entre cuatro términos?... Se me empiezan a olvidar las matemáticas...”

—**P**ero, hombre—le dijo un día Celedonio al encontrarle en uno de aquellos callejos investigativos o en una de aquellas investigaciones callejeras—; pero, hombre, ¿sabes que empiezas a hacerte popular entre novios y novias?

—¿Cómo así?

—Que ya te han conocido el flaco; se divierten mucho con él, y te llaman el inspector de noviazgos. Y todos dicen: “¡Pobre hombre!”

—Pues mira, sí, me tira esto, no puedo negártelo. Sufro cuando veo que un mocito deja a su mocita por otra, y cuando éstas tienen que cambiar de mozo, y cuando una que lo merece no encuentra quien le diga: “¡Por ahí te pudras!”, y aunque se ponga papel no le llega inquilino.

—O huésped.

—Como quieras. Sufro mucho, y si no fuera por lo que es, pondría agencia de matrimonios o me haría casamentero.

—U otra cosa...

—Lo mismo me da. Y haciéndolo como yo, por amor al prójimo, por caridad, por humanidad, no creo que ello sea desdoloroso...

—¿Qué ha de serlo, Emeterio; qué ha de serlo! Recuerda que Don Quijote, caballero que es el dechado y colmo del desinterés, dice que “no es así como se quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejer-

cer sino gente muy bien nacida, y aun había de haber veedor y examinador de los tales...” y todo lo demás que dice al respecto, que ya no me acuerdo...

—Pues, sí, sí. Celedonio; me tira eso, pero por el arte; el arte por el arte, por puro desinterés, y ni tampoco para que la república esté bien ordenada, sino para que ellos gocen mejor y yo goce viéndolos y sintiéndolos gozosos.

—Y es natural que Don Quijote sintiese debilidad por los alcahuetes y por otras gentes. Recuerda qué caritativas, qué maternas estuvieron con él las mozas que llaman del partido. ¿O es que crees que Don Quijote es como esos señores de la Real Academia de la Lengua Española?

—Sí, por deporte.

—Como tú: por deporte y no por ganancia ¿no es así?, eso de seguir parejas...

—Te juro que...

—Sí; la cuestión es pasar el rato, sin adquirir compromisos serios. Y tú siempre has huído de los compromisos. Es más divertido comprometer a los demás.

—Y mira: me da una pena cuando veo a una muchacha que lo vale cambiar de novios y no sujetar a ninguno...

—Eres un artista, Emeterio. ¿No has sentido nunca vocación al arte?

—Sí, en un tiempo me dió por modelar...

—¡Ah, sí! Te gustaba manosear el barro...

—Algo había de eso...

—Divino oficio el de alfarero, que así dicen que hizo Dios al primer hombre.

—Pues a mí, Celedonio, me gustaría más el de restaurar ánforas antiguas...

—¿Apañacuencos? ¿Qué, con lañas?

—Hombre, no; eso de la laña es una grosería. Pero figúrate tú, coger un ánfora...

—Llámalo botijo, Emeterio.

—¡Bueno! Coger un botijo hecho cachos y dejarlo como nuevo.

—Te repito que eres todo un artista, Emeterio. Deberías poner una cacharrería.

—Y di, Celedonio: cuando Dios le rompió una costilla a Adán para hacer con ella a Eva, ¿se la compuso luego?

—Me figuro que sí.

—En fin, Celedonio: que no lo puedo remediar, que me tira el oficio ese, que tan necesario le parece a Don Quijote, que no es tampoco por gusto de manoseo...

—No; tú te dedicas al ojeo...

—Es más espiritual.

—Así parece.

—Y alguna vez, pensando en mi soledad, se me ha ocurrido que yo debía haberme hecho cura...

—¿Para qué?

—Para confesar...

—¡Ah, sí!

—Me acuerdo cuando yo iba a confesarme siendo chico.

—Y ahora, ¿entiendes más?

—Mira, Celedonio: lo que ahora me pasa es que...

—Es que te aburres soberanamente...

—Algo peor, algo peor...

—Claro, viviendo en esa soledad...

—En la soledad de mis recuerdos de la casa de huéspedes de doña Tomasa...

—¡Siempre Rosita!...

—¡Siempre, sí; siempre Rosita...

Y se separaron.